

I

En mi conciencia galopa la decisión de un recuerdo que tengo como principal o único. La congoja que entonces me acompañaba era tan intensa como el dolor que te puede producir el arrancarte el alma. En ese momento hubiera preferido recibir la muerte antes que padecer tan intensamente aquella prueba tan indecible. Un convoy con dos berlinas formaba la comitiva que quedaría grabada en mi mente. Yo viajaba en el primer carruaje junto a Brígida y dos sirvientas más. En el carruaje que nos seguía se transportaban dos ataúdes, uno con el cuerpo de María de la Resurrección y otro vacío, simulando llevar el cuerpo de Alejo. Dentro de aquel yo misma había introducido el bastón de empuñadura de plata, un daguerrotipo de él mismo, la mortaja que años antes había tejido la esposa para el esposo, el hacha, la navaja y los dos pistoles que había empleado en sus antiguas escaramuzas el afamado y dos veces muerto bandolero Alejo. El abotagado carruaje había sido adornado de negros crespones y era custodiado por dos cocheros, un lacayo cojo y Moisés, el detestable hijo de Brígida. Al llegar a la villa, una turba negra y espesa nos estaba esperando. Estaba formada por el sacerdote, dos pecosos monaguillos y la integridad del pueblo ataviado con sus ropas más oscuras. Unas horas antes, yo misma había enviado dar aviso a través de un mandadero al galope para que, adelantándose a nuestra llegada, pudiera dar cuenta del evento de ese día. Al recibirnos la villa al completo, y al descender de la berlina, trastabillé a causa de los nervios que me rondaban, pero no permití que nadie me ayudara y yo misma me erguí. Un séquito de varios obreros de la fábrica de ceras de Alejo se acercó hasta mí. Sostenían en volandas un destacado bulto cubierto por una extensa tela de fieltro gris. Cuando horas antes el mandadero se había adelantado a la comitiva del duelo que nos acercábamos más atrás, los empleados de

la fábrica, sabedores de la muerte y pérdida del cuerpo de Alejo, quisieron emular su entidad originando un cuerpo de cera en su mayor semblanza. Al descubrir de la tela grisácea a la figura ante todo el pueblo, y en primer lugar ante mí misma, no pude por menos que quedar impresionada y conmovida de volver a ver a aquel a quien cuyo rostro comenzaba a desdibujar en mi mente de tanto recordarlo en tan limitado espacio de tiempo. Pedí que lo vistieran con la mortaja que en el ataúd se encontraba, le asieran su puño al bastón de empuñadura de plata y lo rodearan de sus armas, logrando de esta manera enterrar el cuerpo de Alejo en el ataúd que acompañaba al de María de la Resurrección. Comenzó a desfilar la comitiva presidida por el sacerdote junto a los monaguillos quienes marcaban los pasos al compás de las campanillas que hacían tintinear entre sus infantiles manos al rondar las calles de la villa por las que pasaban. Bajo acordes fúnebres emitidos por los pasos que sostenían sendos ataúdes, un hálito sepulcral invadía el aire. Media docena de mujeres ataviadas de un fuerte ennegrecido rezaban oraciones de difuntos avanzando en la retaguardia del fúnebre séquito. Entre jaculatorias y salmos, excretados de esos mismos femeninos labios, se cubrían los rostros apenados y sentidos bajo encajes de duelo. El sacerdote avanzaba abrazando contra su pecho el breviarrio con el que predicaría las predestinaciones de los dos difuntos. Los azabaches caballos enjaezados de evidente magnificencia mostraban gallardos a su paso que transportaban dos figuras insignes y respetables de la villa. Yo, sumisa y abatida, avanzaba tras las cajas que habían aprisionado a mis difuntos padres en esta vida, aunque más tarde aprendí que los liberaban a otro mundo de sensaciones y emociones. Bajo un sencillo vestido tintado de un negro cerrado acompañado de un velo casi opaco, me dediqué a expulsar mis últimas lágrimas en despedida a los míos, sumergida en un profundo mohín de cansancio y con la compañía de la orfandad ya de por vida.

Sucedió que todo comenzó cuando una criatura fue escupida al mundo sobre un pétreo y fangoso suelo de barro. Sobre este se sostenía la más escueta forma de subsistencia. Entre pedreas, desgastadas y veteranas paredes compartían cobijo resignadas bestias de corral, así como aquellos que llevaban apellido. Entre todos ellos despuntaba a la vida una nueva criatura. El pequeño Alejo Sahuquillo Pedrajas llegaba al mundo entre esencia de

pudorosos excrementos y aromáticos brotes de romero y laurel, ocupando para siempre el segundo puesto de la limitada descendencia. Su olfato nació sin descanso y su primera esforzada bocanada la tragó saturada de miseria y arrojo. Sobre el pecho, un antojo marcaba el lugar de su todavía tierno y puro corazón y al final de su abdomen brotaba un amago de ombligo onfalocèle: un saco delgado y transparente recubría celosamente una diminuta parte de sus intestinos que había quedado en el exterior del abdomen a través del ombligo. Así se presentaba la iniciación a la vida en la criatura, cuyo físico vaticinaba desde sus comienzos la custodia y protección de su propio cuerpo frente al palpable mundo al que se allegaba. La familia Sahuquillo Pedrajas, del todo humilde, vivía del ganado ovejuno y la siembra de una minúscula parcela de tierra. La leche no faltaba en la casa para alimentar a las dos criaturas fruto del matrimonio. La grasienta leche de la añaera rumiante nutría los años más tiernos de ambos hermanos.

La vida corría y las criaturas se adaptaban al mundo en el que años atrás se habían posado. Mientras Alejo pastoreaba el ganado que daba subsistencia a la familia, Lorenzo Sahuquillo Pedrajas, escasos meses mayor que Alejo, cuidaba a trancas la tierra que torpemente forraba la pequeña alquería de que disponía la familia. En su hacer procuraba que produjera pimientos y tomates para comercio y consumo propio. El barrial terreno sembraba los méritos para erigir un preocupado Lorenzo, quien comenzaba a esconder bajo sus cada vez más estirados zaragüelles un pie de elefante que inevitablemente le marcaba los pasos. Sus grotescas huellas encaminaban la azada surcando hileras de lánguidos huecos, por ellos transitaba para abocar la siembra de celadas semillas. Al empujar y animar infatigablemente a los bueyes unidos al yugo sus pasos se hundían en el barro. Aplastaba a las hormigas cuando trajinaba barreños o capazos en la recogida de la fructífera siembra. La naturaleza parecía traicionarle cuando al pasar de los años su pie había dejado de ser grotesco para erigirse en una descomunal pata contrahecha precedida de deformes y amontonados escalones de carne. El muchacho intentaba disimularla cubriéndola con sus ropas, incluso en los meses de más calor se abrigaba hasta las tupidas alpargatas. También sus zaragüelles tuvo que ensancharlos en su entrepierna al aumentar desorbitadamente sus todavía crédulos genitales. Todo ello le procuraba un andar tormentoso para él y exclusivo para los demás. No podía evitar desplazarse renqueando, mientras su flemático rostro preten-